llamas de esa divina hoguera. Pero la más ardiente de esas llamas es la santa Eucaristía. Este sacramento es compendio de las maravillas del poder, sabiduría y bondad de Dios y uno de los frutos del Corazón incomparable de Jesús.

Si celebramos en la Iglesia una fiesta tan grande en honor de ese santo sacramento ¿qué solemnidad no debemos celebrar en honor de su santísimo Corazón que es el origen de cuanto hay de grande y precioso en ese augusto sacramento?

Y vamos al purgatorio, a la Iglesia sufriente. Él es el trono de la justicia de Dios del que dice santo Tomás *que la menor pena que allí se sufre supera todos los sufrimientos de este mundo*[1]. Lo mismo afirma San Agustín[2]. Sin embargo, esta terrible justicia no reina de tal manera en él que excluya la misericordia. Ella, unida a la justicia, hizo el purgatorio para abrirnos el paraíso que permanecía cerrado a la mayor parte de los hombres de no existir este momento de purificación. Es verdad de fe que *nada man-*

1. Sm. Theol. 3a. pars. 46. q. 6. ad 3um.
2. Super Ps. 37; Serm. 4 pro defunctis.

chado entra en el cielo[1]. Así pues, el purgatorio es fruto de la bondad y caridad del Corazón benigno de nuestro Redentor.

Descendamos más bajo aún, con el pensamiento, hasta el infierno ya que San Juan Crisóstomo nos declara que quienes allí bajan de esa manera en vida para animarse a buscar la salvación con temor y temblor no bajarán a él después de la muerte.

El infierno es, al decir del Evangelio, lugar de tormentos, es la gehenna del fuego[2], el suplicio eterno[3], es, en una palabra, el lugar de las venganzas y de las cóleras del gran Dios. Pero la bondad infinita del Corazón misericordioso de nuestro Salvador encuentra allí sitio (...). Se sirve, en efecto, de los fuegos del infierno para encender en nuestros corazones el fuego del amor divino. ¿Si hubieras merecido aquel fuego, cuánta obligación tendrías de amar a quien te libra de tan gran suplicio?

Muy pocas personas hay en el mundo que no hayan cometido al menos un pecado mortal. Y cuantos han ofendido a Dios

1. Apoc. 21,27.
2. Lc. 16,28.
3. Mt. 18,19.

mortalmente han merecido el infierno. Verse libres de él lo deben a la caridad inmensa del benigno Corazón de nuestro Redentor. Tenemos, por tanto, obligaciones infinitas de servirlo y amarlo. Reconoce por consiguiente que las bondades del Corazón del divino Salvador son tan admirables que utiliza hasta los fuegos del infierno para comprometernos a amarlo y por lo mismo para poder pertenecer al número de los que lo poseerán eternamente.

Esta divina hoguera del Corazón adorable de Jesús esparce así sus llamas por doquier, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. ¡Oh amor admirable! ¡Oh Dios de mi corazón! Ojalá tuviera yo todos los corazones que han existido, existen y existirán para emplearlos en amarlo, alabarlo y glorificarlo sin cesar. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María! Te ofrezco el Corazón de tu divina Madre que vale más y te agrada más que todos ellos. ¡Oh María, Madre de Jesús! Te ofrezco el Corazón adorable de tu Hijo amado, que es la vida, el amor y la alegría de tu Corazón.

Capítulo VIII

El divino Corazón de Jesús es una hoguera de amor hacia cada uno de nosotros

Para comprender esta afirmación consideremos los efectos admirables del amor inefable que ese Corazón tiene por nosotros.

En primer término nos libró del abismo de males en que el pecado nos había arrojado. El pecado nos había hecho enemigos de Dios, objeto de su ira y de su maldición, excomulgados de la santa Trinidad, separados de la compañía de los ángeles, desalojados de la casa de nuestro Padre celestial, arrojados del Paraíso, precipitados en las llamas devoradoras del fuego eterno, esclavos de la tiranía de Satanás. En una palabra, condenados a los suplicios del infierno y esto para siempre sin que pudiéramos esperar ninguna ayuda ni alivio.

Pero hay un mal que los supera a todos. Es el pecado, el mal de los males y la causa única de todos los demás de la tierra y del infierno. Para comprender algo lo que es el pecado imagina que todos los hombres del pasado, del presente y del futuro estu-

vieran ahora vivos sobre la tierra y que cada uno de ellos fuera tan santo como San Juan Bautista, y que todos los ángeles del cielo, revestidos de carne humana, hechos pasibles y mortales, se sumasen a ellos. Aunque todos esos hombres y esos ángeles derramaran hasta la última gota de su sangre, murieran miles de veces, y sufrieran por toda la eternidad los tormentos del infierno, si el Hijo de Dios no hubiera derramado su sangre por nosotros, no podrían librarnos del más pequeño pecado venial ni satisfacer dignamente a Dios por las ofensas contra él recibidas, ni por consiguiente liberarnos de la más mínima pena merecida por ese pecado ni darnos aquella gota de agua que el rico epulón implora desde tanto tiempo.

Si un pecado venial es un mal tan grande, ¿qué diremos del pecado mortal y de ser esclavos de ese monstruo infernal, más hediondo y terrible que todos los monstruos y dragones de la tierra y del infierno?

Ese es el abismo de males en el que habíamos sido precipitados sin esperanza de poder salir de él. Porque todas las fuerzas humanas y los poderes terrenos y celestiales no podían sacarnos de él. Pero sucedió, por dicha incomprensible, que fuimos libe-

rados, gracias al amabilísimo Corazón de nuestro Redentor. La bondad inmensa, la misericordia sin límites y el amor incomparable de ese divino Corazón nos libraron de tantos males. Y no ha sido porque le hayamos prestado servicio alguno para obligarlo a ello. Por amor purísimo nos ha dispensado semejante favor. Para ello todo lo hizo y todo lo padeció; le costó bien caro: su sangre, su vida, mil tormentos y una muerte cruel e ignominiosa. ¿Qué obligaciones no tenemos entonces de honrar, alabar y amar ese benignísimo Corazón?

Imagínate a un hombre que robó a un mercader en el bosque. Lo ponen preso, lo echan a la cárcel, lo procesan, lo condenan a muerte hasta que el verdugo le pone el lazo en el cuello. Entonces llega el mercader. A fuerza de dinero, de ruegos y de amigos y hasta ofreciéndose morir por él lo libra y lo pone en libertad. ¿Cuánta obligación no tendrá para con la bondad del mercader? Pues bien, por nuestros crímenes estábamos condenados a los suplicios eternos. El Hijo único de Dios, en un exceso inconcebible de la bondad de su Corazón, sufre muerte cruel y afrentosa para liberarnos. Juzga de ahí cuán obligados es-

tamos con ese Corazón admirable. ¿Cómo te pagaré, Salvador mío, y qué haré por tu amor por haberme retirado de los abismos del infierno tantas veces como he caído en él por mis pecados o que habría caído en él si la caridad de tu Corazón no me hubiera preservado?

Es éste el primer efecto o mejor los innumerables efectos del amor inmenso que el divino Corazón de nuestro Redentor nos ha mostrado al librarnos de infinidad de males.

No le bastó librarnos de ellos sino que quiso añadirnos beneficios inconcebibles. ¡Qué felicidad, en efecto, es no sólo el haber sido retirado del infierno sino el haber sido elevado al cielo, ser ciudadano del Paraíso donde se poseen en forma plena, invariable y eterna todos los bienes! ¡Qué felicidad ser compañeros de los ángeles, vivir su misma vida, estar revestidos de su gloria, gozar de su felicidad, en una palabra ser semejantes a ellos; *¡Serán como ángeles de Dios!*[1].

¡Qué felicidad ser contados entre los hijos de Dios, herederos suyos, coherederos de

1. Lc. 20,36.

su Hijo: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!*[1]. ¡Qué alegría ser reyes con una realeza eterna y poseer el mismo reino que el Padre Jesús ha dado a su Hijo: *Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros como mi Padre lo dispuso para mí!*[2]. ¡Qué regocijo sentarse a la mesa del Rey del cielo: *para que comáis y bebáis a mi mesa!*[3]. ¡Qué gozo estar revestidos con el hábito real y glorioso del Rey de reyes: *Yo les he dado la gloria que tú me diste!*[4]. ¡Qué alborozo compartir el mismo trono con el Monarca soberano del universo: *El que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono!*[5]. ¡Qué deleite morar y descansar con nuestro Salvador en el regazo y en el Corazón adorable de su Padre: *Quiero, Padre, que donde yo estoy estén también conmigo los que Tú me has dado!*[6]. ¿Y dónde estás Tú, mi Salvador? *En el seno del Padre*[7], contesta San Juan.

1. 1 Juan 3,1.
2. Lc. 22,29.
3. Lc. 22,30.
4. Juan 17,22.
5. Ap. 3,21.
6. Juan 17,24.
7. Juan 1, 18.

Qué contento poseer los bienes de Dios. Porque quien posee a Dios gozará de todas sus glorias, dichas y riquezas. *En verdad os digo que los pondrá al frente de todos sus bienes*[1]. Finalmente ¡qué júbilo estar transformado en Dios, revestido, colmado y penetrado de las perfecciones divinas, más totalmente que cuando el hierro en medio de la hoguera se ve revestido y penetrado por las cualidades del fuego! ¡Qué felicidad ser un solo ser con Dios: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros*[2] *partícipes de la naturaleza divina*[3]. Ser por gracia y por participación lo que Dios es por naturaleza y por esencia.

¿Qué inteligencia creada podrá comprender semejantes bienes? ¡Todas las lenguas de los ángeles y de los hombres no pueden expresar su más mínima parte! Se realiza aquí lo que afirma San Pablo que todos esos bienes son tan grandes que *ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios prepara para los que le aman*[4].

1. Mt. 24,47.
2. Juan 17,21.
3. 2 Pt. 1,4.
4. I Cor. 2,9.

¿A quién debemos agradecer entonces estos bienes? A la liberalidad inmensa y al amor infinito del Corazón de nuestro Salvador. ¡Qué homenajes, alabanzas y acciones de gracias debemos tributarle y con qué piedad debemos celebrar la solemnidad de tan augusto Corazón!

Pero hay mucho más: nuestro Salvador no sólo nos ha librado de la muerte eterna y de los tormentos que la acompañan; nos ha colmado de inmensidad de bienes. *¿Cómo pagaremos al Señor todo el bien que nos ha hecho?*[1]. Si tuviéramos tantos corazones de serafines como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, briznas de hierba en la tierra, granos de arena y gotas de agua en el mar y que los empleáramos por completo en amarlo y darle gloria, nada serían ellos en comparación del amor que Él nos tiene y de las obligaciones que tenemos de consagrarle nuestros corazones.

Sin embargo, ¿qué hacemos nosotros y la mayoría de los hombres? ¿No es acaso verdad que tratamos ese adorable Redentor con tanta ingratitud como si de Él ningún

1. Sal. 115 (116),2.

bien hubiéramos recibido? ¿Como si nos hubiera causado todos los males del mundo? ¿No es cierto que nada omitió de lo que podía hacer para demostrarnos su amor? *¿Qué pude hacer y no lo hice?* Si hubiera sido posible, dijo a Santa Brígida, que yo sufriera los tormentos de la Pasión tantas veces como hay de almas en el infierno los padecería con gusto, pues arde tanto mi corazón en caridad como entonces.

¿No es verdad acaso que la mayoría de los hombres tratan todos los días a ese amable Salvador como si fuera su peor enemigo? ¿Qué injurias, qué ultrajes, qué crueldades pueden ejercer contra Él que no lo hagan? ¿Qué más execrable pueden hacer contra él que crucificarlo todos los días? Porque quien lo ofende mortalmente lo crucifica. *Crucifican de nuevo por su parte al Hijo de Dios*[1]. Y cometen un crimen mayor que el de los judíos pues éstos no lo conocían.

Sintamos horror por semejante ingratitud, impiedad y abominación. Prestemos oídos a las voces de nuestro Salvador. Porque todos los males de que nos ha librado

1. Heb. 6,6.

y los bienes con que nos ha colmado son otras tantas voces que nos gritan: *de esa manera nos ha amado Jesús*. Amemos pues, al que tanto nos ama. Si el último de los hombres nos manifiesta su amistad no podemos menos de amarlo. Si un perro miserable se pega a nosotros y nos presta el menor servicio le mostramos cariño. ¿Y cómo no amaríamos a un Dios que es nuestro Creador, nuestro Rey, nuestro amigo fiel, nuestro amante hermano, nuestro Padre, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro sumo bien, nuestra vida y corazón, nuestro todo y que es todo corazón y amor por nosotros?

No sé, Salvador mío, si he empezado ya a amarte como es debido. Pero ahora estoy resuelto a amarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Renuncio para siempre a todo cuanto va en contra de tu santo amor. Concédeme que muera mil veces antes que ofenderte. Te doy mi corazón, toma plena posesión de él; destruye en él cuanto te desagrada y aniquílalo si no te ama. O AMAR A JESÚS O MORIR. ¿Pero acaso es gran cosa darte el corazón de la nada? Si yo tuviera, Señor, tantos corazones de serafines como tu omnipotencia puede crear, con qué alegría

los consagraría todos a tu amor. Te ofrezco el Corazón de tu digna Madre que tiene por Ti más amor que todos los corazones que han existido y existirán. ¡Oh Madre de Jesús, ama a tu adorable Hijo por mí! ¡Oh buen Jesús, ama a tu amabilísima Madre por mí! Vosotros ciudadanos todos de la Jerusalén celestial, amad a Jesús y María por mí y asociadme a vosotros en el amor que les tenéis y les tendréis eternamente.

Capítulo IX

El Corazón de Jesús, hoguera de amor, en el santísimo Sacramento

Con toda razón San Bernardo llama al sacramento de la Eucaristía, EL AMOR DE LOS AMORES. Porque si abrimos los ojos de la fe para contemplar los efectos de la bondad inefable que nuestro Salvador tiene por nosotros en este adorable misterio descubriremos ocho llamas de amor que salen continuamente de esa admirable hoguera.

La primera llama consiste en que el amor inconcebible del Corazón de Jesús que

lo llevó a encerrarse en ese sacramento lo obliga a permanecer allí continuamente, día y noche, para estar siempre con nosotros y realizar sus palabras: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*[1]. Es el buen Pastor que quiere estar siempre con su rebaño. Es el médico que quiere estar siempre a la cabecera de los enfermos. Es el padre lleno de ternura que no abandona jamás a sus hijos. Es el amigo fidelísimo que encuentra sus delicias en estar con sus amigos: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*[2].

La segunda llama de esta hoguera ardiente es el amor del Corazón adorable de nuestro Salvador que le asigna importantes ocupaciones en favor nuestro en ese sacramento. Porque él está allí, adorando, alabando y dando gracias incesantemente a su Padre por nosotros, es decir, para satisfacer en lugar nuestro esas obligaciones infinitas.

Está allí dando gracias continuas a su Padre por los beneficios corporales y espirituales, naturales y sobrenaturales, tem-

1. Mt. 28,20.
2. Prov. 8,31.

porales y eternos que nos ha otorgado y nos otorga a cada instante y que quiere seguir concediéndonos si no ponemos obstáculo.

Está allí amando a su Padre por nosotros, es decir para cumplir nuestra obligación infinita de amarlo. Está allí ofreciendo sus méritos a la justicia de su Padre para pagarle por nosotros lo que le debemos por causa de nuestros pecados. Está allí orando continuamente a su Padre por nosotros, por todas nuestras necesidades: *Está siempre vivo para interceder por nosotros*[1].

La tercera llama de nuestra hoguera es el amor infinito de nuestro Redentor por el cual su omnipotencia obra diversos prodigios en este sacramento: cambia el pan en su cuerpo y el vino en su sangre y realiza otros milagros que sobrepasan los hechos por Moisés, por los demás profetas y apóstoles y aun por nuestro Salvador mientras estuvo en la tierra. Porque todos esos milagros fueron hechos sólo en Judea y éstos en todo el universo. Aquéllos fueron pasajeros y éstos son continuos y durarán hasta el fin de los siglos. Aquéllos fueron hechos en

1. Heb. 7,25.

favor de muertos resucitados, de enfermos curados y de otras criaturas semejantes: pero éstos se verifican en el cuerpo adorable de un Dios, de su preciosa sangre y hasta en la gloria y las grandezas de su divinidad que aparece como aniquilada en ese sacramento.

La cuarta llama está señalada en las palabras del Espíritu Santo por boca del príncipe de los apóstoles: *Dios ha enviado a su Hijo para bendeciros*[1]. Y aquel Hijo adorable vino lleno de amor por vosotros y con el ardiente deseo de derramar sus bendiciones sobre los que lo honran y aman como a padre suyo. Y principalmente mediante ese sacramento colma de sus favores a los que no ponen impedimento.

La quinta llama es su amor inmenso por el que comparte con nosotros todos los tesoros de gracia y santidad que adquirió en la tierra. En la santa Eucaristía, nos concede, en efecto, bienes infinitos y gracias abundantísimas si aportamos las disposiciones requeridas para recibirlos.

La sexta llama consiste en su amor

1. Ac. 3,26.

ardentísimo que lo mantiene siempre dispuesto no sólo a enriquecernos con los dones y gracias adquiridos por su sangre sino también a darse a sí mismo en la santa Comunión; nos da su divinidad, su humanidad, su persona divina, su cuerpo adorable, su sangre preciosa, en una palabra todo lo que es en cuanto Dios y en cuanto hombre. Y por consiguiente también nos da su Padre eterno y su Espíritu santo, inseparables de Él; nos inspira además la devoción a su santa Madre que sigue por doquiera a su divino Cordero mucho más que las santas vírgenes de las que el Apocalipsis afirma que *siguen al Cordero a donde quiera que vaya*[1].

La séptima llama es el amor que lleva al Salvador a sacrificarse aquí continuamente por nosotros. Ese amor sobrepasa en cierta manera al que lo llevó a inmolarse en el altar de la cruz. Porque allí se inmoló solamente en el Calvario y aquí se sacrifica en todos los lugares por la santa Eucaristía. Allí se inmoló solamente una vez, aquí se sacrifica millones de veces todos los días. Es

1. Ap. 14,4.

verdad que el sacrificio de la cruz tuvo lugar en un mar de dolores y que aquí se realiza en un océano de alegrías pero el Corazón de nuestro Salvador, está tan encendido por nosotros como lo estaba entonces y, si fuera posible y necesario para nuestra salvación, estaría dispuesto a sufrir los mismos dolores de su inmolación en el Calvario, tantas veces como se sacrifica a toda hora sobre los altares del universo.

La octava llama de esta hoguera es el amor que nuestro Redentor nos manifiesta cuando da a los hombres todos los testimonios de su bondad en el mismo instante en que recibe de ellos manifestaciones del odio más furioso imaginable. Porque cuando instituye ese divino sacramento, en la víspera de su muerte, los hombres ejercitan contra Él tanta rabia y furor como los mismos demonios. Así lo declaran sus palabras. *Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*[1].

Tú, Salvador mío, sólo tienes designios de paz, de caridad y de bondad hacia los hombres. Ellos, en cambio, sólo tienen pensamientos de malevolencia y de crueldad

1. Lc. 22,53.

contra Ti. Tú sólo buscas medios para salvarlos, ellos medios de perderte. Todo tu Corazón y tu espíritu están dedicados a romper las cadenas que los mantienen cautivos y esclavos de los demonios, ellos, en cambio, te traicionan y te entregan en manos de tus enemigos. Tú estás ocupado en establecer un sacramento para permanecer siempre con ellos, pero ellos no te aman a ti y quieren arrojarte del mundo y de la tierra y si pudieran te aniquilarían. Tú les preparas infinidad de gracias y dones acá en la tierra, y tronos y coronas gloriosos para el cielo; ellos te preparan cuerdas, látigos, espinas, clavos, lanzas, cruces, salivazos, oprobios, blasfemias y toda clase de ignominias, ultrajes y crueldades. Tú les ofreces el festín delicioso de tu carne y de tu sangre y ellos te dan a beber hiel y vinagre. Tú les das tu cuerpo santísimo y ellos lo hieren a golpes, lo desgarran con látigos, lo perforan con sus clavos y espinas, lo cubren de llagas de la cabeza a los pies y le hacen padecer los más atroces tormentos. Finalmente, Señor mío, Tú los amas más que a tu sangre y a tu vida, y las sacrificas por ellos, y ellos te arrancan el alma del cuerpo a fuerza de tormentos.

¡Qué amor el de tu Corazón adorable, Salvador mío, y qué ingratitud, impiedad y sevicia las del corazón humano para contigo!

Lo que entonces sucedió sigue sucediendo ahora. Porque tu Corazón se halla en ese sacramento abrasado de amor por nosotros y allí realiza continuamente mil efectos de bondad hacia nosotros. ¿Y cómo te los retribuimos, Señor mío? Sólo con ingratitudes y ofensas de pensamiento, palabra y acción, pisoteando tus mandamientos y los de tu Iglesia. ¡Qué ingratos somos! Nuestro Salvador nos ha amado tanto que habría muerto por nosotros miles de veces mientras estuvo en la tierra y de haber sido necesario estaría aún dispuesto a morir por nosotros. ¡Muramos, muramos de dolor a la vista de nuestros pecados; muramos de vergüenza al comprobar nuestro escaso amor por Él; muramos con mil muertes antes que ofenderlo en lo venidero! Concédeme, Salvador mío, esta gracia, te lo suplico. Madre de Jesús, alcánzame este favor de tu Hijo amadísimo.

Capítulo X

El Corazón de Jesús en su Pasión

Toda la vida mortal de nuestro Salvador en la tierra es ejercicio continuo de caridad y de bondad hacia nosotros. Pero en el tiempo de su santa Pasión nos da los mayores testimonios de su amor. Porque es entonces cuando, en exceso de su amor, sufre tormentos espantosos para librarnos de los suplicios del infierno y para adquirirnos la felicidad inmortal del cielo. Es entonces cuando vemos su cuerpo adorable cubierto de heridas y bañado en su sangre. Es entonces cuando su sagrada cabeza se halla traspasada de punzantes espinas y sus manos y sus pies horadados por los clavos, sus oídos aturdidos por las blasfemias y las maldiciones, su boca amargada de hiel y vinagre. Entonces la crueldad de los judíos le arranca el alma de su cuerpo a fuerza de tormentos atroces, principalmente cuando su divino Corazón se halla atormentado con infinitas heridas sangrientas y dolorosas. Y si se pueden contar las llagas de su cuerpo, son innumerables las de su Corazón. Porque hay dos clases de heridas que proceden de dos causas diferentes:

La primera causa son nuestros pecados. Encuentro en la vida de santa Catalina de Génova que un día el Señor le hizo ver el horror del más pequeño pecado venial y aunque la visión duró sólo un instante contempló algo tan espantoso que la sangre se le heló en las venas y cayó en agonía y habría muerto si Dios no la hubiera conservado milagrosamente para que contara lo que había visto. Y decía ella que si estuviera en lo más profundo de un mar de llamas y que estuviera en su poder salir de él a condición de volver a contemplar algo tan espantoso preferiría quedarse allí que salir bajo esa condición. Pues bien, si la vista de un mínimo pecado venial colocó a esa santa en ese estado ¿qué podremos pensar del estado en que se vio nuestro Salvador al contemplar los pecados del universo?

Él veía la infamia y la deshonra infinitas que todos los pecados irrogaban a su Padre; veía la condenación de innumerables almas, causada por esos pecados; y, como sentía un amor infinito por su Padre y por sus criaturas, todos esos pecados y todos esos espectáculos herían su Corazón con infinitas llagas.

Numera, si puedes, todos los pecados de

los hombres, más numerosos que las gotas de agua del mar, y comprenderás las llagas de ese amabilísimo Corazón.

La segunda causa de esas llagas es el amor infinito que enciende a ese mismo Corazón por todos sus hijos y la vista de las penas y aflicciones que les han de suceder, especialmente de los tormentos de todos sus santos mártires. Cuando una madre amantísima ve sufrir a su hijo seguramente sus dolores le son más sensibles a ella que a él. Nuestro Señor tiene tal amor por nosotros que, juntando el amor de todos los padres y madres en un solo corazón, sólo tendríamos una chispa del que arde en el suyo por nosotros. Por eso como todas nuestras penas y dolores estaban presentes a sus ojos se convertían en otras tantas heridas para su corazón paternal: *En verdad, Él tomó sobre sí nuestras dolencias y soportó nuestros dolores*[1].

¿Cuál no será entonces nuestra obligación de honrar a este Corazón que ha soportado tantas heridas por amor nuestro? Cuántos motivos tenemos para temer come-

1. Is. 53,4; cfr. Mt. 8,17.

ter nuevos pecados que le hacen pronunciar esta queja: *Porque acosan al que tú has herido, cuentas las llagas del que tú has lacerado*[1].

¡Cómo debemos temer ser del número de quienes San Pablo dice que crucifican de nuevo a Cristo![2]. ¡Con qué afecto debemos aceptar y padecer todas las aflicciones que nos suceden puesto que Él las ha sobrellevado primero por amor nuestro! ¿No deben acaso parecernos dulcísimas sabiendo que ellas pasaron por su amabilísimo Corazón? ¡Pero qué horror debemos experimentar de nuestros pecados que causaron tantas heridas y dolores al divino Corazón de nuestro Redentor!

Leemos en la vida de San Francisco de Borja, jesuita, que hablando un día ante el crucifijo a un gran pecador a quien exhortaba a la conversión, como permaneciera endurecido en su crimen, el crucificado le habló exhortándolo a hacer lo que su servidor le decía, y al mismo tiempo vertía sangre de todas sus llagas. Así nuestro Señor

1. Sal. 68 (69),27.
2. Hb. 6,6.

le daba a entender que estaba dispuesto a derramar una vez más su sangre y a morir por su salvación si fuera necesario. Y como a pesar de esa bondad indecible el miserable seguía endurecido, salió un chorro de sangre de la llaga del costado que al caer sobre él lo dejó tendido muerto en ese lugar. Dejo que concluyas tú mismo que sería de su alma. ¡Oh Dios, qué horrendo espectáculo!

Aprendamos de esta lección que no es por culpa de nuestro Redentor el que no seamos salvos. Pero hay corazones tan duros, que aunque bajase del cielo para predicarles personalmente y aunque lo vieran cubierto de llagas y bañado en su sangre no se convertirían. ¡Oh Dios mío, no permitas que seamos de ese número! Danos la gracia de abrir nuestros oídos a la voz de todas las sagradas llagas de tu cuerpo y de tu Corazón que son otras tantas bocas por las que Tú nos gritas sin cesar: *Volved, pecadores, al corazón*[1], es decir, a mi Corazón que es todo vuestro puesto que lo he dado totalmente a vosotros. Volved a ese Cora-

1. Is. 46,8 (según Vulgata).

zón benignísimo de vuestro Padre, que desborda de amor y de misericordia hacia vosotros; Él os recibirá y os alojará en sus entrañas y os colmará de toda suerte de bienes. Renunciad al partido del infierno, huid de todas las ocasiones de mal y practicad todas las virtudes. Dichosos los que se rinden a esa voz; pero ¡ay! de los que cierren sus oídos y endurezcan sus corazones como el infortunado de que acabamos de hablar. *El terco se acarrea desgracias*[1]. ¡Ay del corazón duro porque perecerá para siempre y sufrirá tormentos indecibles!

Te doy mi corazón, Salvador mío. Guárdalo de esa desdicha. Madre de misericordia, también te lo doy a ti para que lo presentes a tu Hijo y le ruegues que lo coloque dentro del número de los corazones que amarán al Hijo y a la Madre eternamente.

1. Eccli. 3,27.

Capítulo XI

El Corazón de Jesús es uno solo con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo y una hoguera de amor por nosotros

Todos saben que la fe cristiana nos enseña que las tres personas de la Santa trinidad tienen una misma divinidad, poder, sabiduría y bondad, un mismo espíritu, una misma voluntad y un mismo corazón. De ahí que nuestro Salvador, en cuanto Dios, sólo tiene un Corazón con el Padre y el Espíritu Santo; y, en cuanto hombre, su Corazón humanamente divino y divinamente humano, es también uno solo con el Corazón del Padre y del Espíritu en unidad de espíritu, de amor y de voluntad.

Por eso, adorar al Corazón de Jesús es adorar al Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es adorar un Corazón que es una hoguera ardiente de amor por nosotros. En esa hoguera debemos hundirnos ahora para arder en ella eternamente. ¡Ay de los que sean arrojados en la horrible hoguera del fuego eterno, preparada para el diablo y sus ángeles! Pero dichosos los que sean arrojados en el fuego eterno del amor divi-

no por nosotros que abrasa el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Para animarnos a sumergirnos gozosos en él veamos cuál es ese fuego y ese amor.

¿Quieres saber cuál es el amor del Corazón paternal de nuestro divino Padre que es el Padre de Jesús. Escucha a San Pablo: *No perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros*[1]. Lo envió a este mundo y nos lo dio para demostrarnos su amor, sabiendo desde antes de enviarlo de qué manera lo iríamos a tratar. Sabía que, debiendo nacer en la tierra para que los hombres pudieran vivir en el cielo, su divina Madre buscaría un lugar para darlo a luz y no lo encontraría: *No encontraron sitio para ellos en la posada*[2]; que apenas nacido los hombres lo buscarían para asesinarlo y se vería obligado a huir y a esconderse en país extranjero; que cuando comenzara a predicarles e instruirlos lo tratarían como a insensato y querrían amarrarlo como si hubiese perdido la razón; que al anunciar la Palabra de su Padre varias veces coge-

1. Ro. 8,32.
2. Ro. 8,32.

rían piedras para lapidarlo, lo llevarían a la cumbre de una montaña para desde allí precipitarlo; que lo atarían como a un criminal, le harían sufrir toda clase de ultrajes y tormentos y lo harían morir de la muerte más infamante y cruel del mundo. Que después de su resurrección ahogarían la creencia en ella para aniquilarlo enteramente; que habiendo establecido la Iglesia y los sacramentos para aplicar a las almas los frutos de su Pasión y de su muerte, la mayoría de los cristianos abusarían de ellos, los profanarían y los harían servir para su mayor condenación; en fin, que después de todos sus trabajos, sufrimientos y muerte, la mayoría de los hombres pisotearían su sangre preciosa y harían inútil lo que Él había hecho por su salvación y se perderían desdichadamente.

Todo esto consideraste, Padre adorable, y sin embargo, no dejaste de enviarnos a tu Hijo amadísimo. ¿Quién te obligo a ello? El amor de tu Corazón paternal hacia nosotros, tan incomprensiblemente que podemos decir: Padre de las misericordias, parece como si Tú nos amaras más que a tu Hijo y que a Ti mismo pues que Él es una sola cosa contigo. Hasta podemos decir que

parece como si por amor a nosotros odiaras a tu Hijo y a Ti mismo. ¡Oh bondad incomprensible, oh amor admirable! Esto es algo del amor infinito del amable Corazón del Padre eterno por nosotros.

¿Quieres conocer ahora el amor incomprensible del divino Corazón del Hijo de Dios por nosotros? Escucha lo que dice: *Como el Padre me amó así os he amado Yo*[1]. Mi Padre os ama tanto que por amor a vosotros me entregó a la muerte y muerte de cruz. Y Yo os amo tanto que me abandoné por amor a vosotros al poder de las tinieblas y a la rabia de mis enemigos: *Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*[2]. ¡Oh Salvador mío! puedo decirte con tu fiel servidor San Buenaventura que *Tú me amas de tal manera que pareces odiarte a Ti mismo por mí.*

Vengamos ahora al amor del Espíritu Santo. Él es el Corazón del Padre y del Hijo. ¿Cuándo este divino Espíritu formó al Hombre-Dios en las sagradas entrañas de la Santa Virgen si sabía bien lo que íbamos a ha-

1. Juan 15,9.
2. Lc. 22,53.

cer de Él? ¿Sabía acaso las indignidades y crueldades que los hombres ejercitarían contra Él? ¿Que harían todo esfuerzo para aniquilar su obra maestra que es ese Hombre-Dios? Lo sabía muy bien y sin embargo no dejó de formarlo en el seno de la Virgen, de hacerlo nacer en el mundo para nosotros, de mostrarse en forma de paloma sobre su cabeza, en el río Jordán, para dárnoslo a conocer, de conducirlo al desierto para que allí hiciera penitencia por nuestros pecados, de animarlo para que nos predicara su Evangelio y nos anunciara las verdades del cielo. *El Espíritu del Señor está sobre mí...*[1] y de llevarlo a que se sacrificara a sí mismo en la cruz para nuestra redención. *Por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo*[2]. ¡Oh amor sin igual, tener más amor por el pecador y el criminal que por el Hombre-Dios, que es el Santo de los santos! ¡Por un esclavo de Satanás que por el Hijo único de Dios, por un tizón del infierno que por el Rey del cielo! ¡Oh prodigio sin igual! ¿Quién te encantó de esa manera! Perdóna-

1. Lc. 4,18.
2. Heb. 9,14.

me, Espíritu adorable que te hable así pero no es acaso cierto que parece como si el amor excesivo que nos tienes te hubiera hechizado a ti también, como al Padre y a su Hijo único? ¡Cuán cierto es lo que se dice que *amar y conocer apenas si se le concede a Dios!*

De esa manera nos aman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. *De tal manera amó Dios al mundo*[1]. En verdad el divino Corazón es hoguera de amor por nosotros.

¿Qué haremos nosotros para corresponder a semejante bondad? ¿Qué pides de nosotros, Dios mío? ¿Es que no oyes su voz que te está gritando desde tanto tiempo: *¡Dame, hijo mío, tu corazón!*[2].

Un gran prelado, Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico, en las Indias, en América, en la Nueva España, en carta que escribió a los padres de su orden reunidos en Tolosa en 1532, asegura que antes que los habitantes de dicha ciudad de Méjico se hubieran convertido a la fe, el diablo a quien adoraban en sus ídolos ejercía

1. Juan 3,16.
2. Prov. 23,26.

sobre ellos tiranía tan cruel que los obligaba a degollar todos los años más de veinte mil niños y a abrirles las entrañas para arrancarles el corazón y ofrecerlo en sacrificio quemándolo sobre carbones encendidos a manera de incienso. Si en la sola ciudad de Méjico se inmolaban cada año a Satanás más de veinte mil corazones de niños, os dejo concluir cuántos se le sacrificarían cada año en todo el reino de Méjico.

Adoramos a un Dios que no exige de nosotros cosas tan extrañas. Pide, claro está, nuestro corazón pero no quiere que lo arranquen de nuestro pecho para sacrificárselo. Se contenta con que le entreguemos los afectos, especialmente los dos principales que son el amor y el odio. El amor para amarlo con todas nuestras fuerzas y por encima de todas las cosas; el odio para odiar únicamente el pecado. ¿Qué puede haber de más dulce que amar la bondad infinita de la que no hemos recibido sino toda clase de bienes?

¿Qué puede haber de más fácil que odiar lo más horrible que hay en el mundo y que es la causa única de todos nuestros males? Ciertamente si rehusamos nuestro corazón a quien desde hace tanto tiempo nos lo está

pidiendo, corazón que le pertence por infinidad de razones, todos aquellos paganos que sacrificaron al diablo los corazones de sus hijos, se levantarán contra nosotros y nos condenarán en el día del juicio. ¡Qué confusión será la nuestra cuando el verdadero y legítimo rey de nuestros corazones nos muestre a aquellos pobres idólatras y nos diga: éstas son gentes que arrancaron el corazón del pecho de sus propios hijos para inmolarlos a Satanás y vosotros me habéis rehusado los afectos del vuestro! No permitamos que se nos haga reproche semejante; entreguemos hoy mismo, de manera irrevocable y total, nuestro corazón al que lo ha creado y rescatado y que tantas veces nos ha hecho don del suyo.

La historia de las cruzadas por la liberación de Tierra Santa, escrita por un padre de la Compañía de Jesús, refiere que en 1098, Gefroy de la Tour, noble limusino, uno de los más valientes guerreros del ejército cristiano, que combatía contra los infieles, habiendo oído los rugidos de un león que parecía quejarse de un gran mal, entró en el bosque cercano y, corriendo hacia el lugar de donde provenía el lamento, vio como una horrible e inmensa serpiente en-

volvía con sus anillos las patas y el cuerpo del león. Lo había puesto fuera de combate y amenazaba con clavarle su veneno. Impresionado por el peligro del león, logra matar con su espada la serpiente. Entonces el pobre león, al verse libre y reconociendo al autor de su libertad, vino a darle gracias de la manera que pudo, festejándolo y lamiéndole los pies; se apegó a él como al que le debía la vida, nunca más lo quiso abandonar y lo seguía por doquiera como un perro fiel sin hacer mal a nadie sino a quienes ofendían a su dueño. Con él iba al combate y a la caza, surtiéndolo con abundancia de presa. Pero lo más admirable fue que, como el capitán del navío en el que Gefroy regresó a Francia después de la Cruzada no permitió que el león acompañara a su dueño, la pobre fiera desesperada se arrojó en el mar nadando siempre detrás del navío hasta que le faltaron las fuerzas y se ahogó prefiriendo morir a verse separada de su amo.

¿No debiéramos morir de confusión al ver como una fiera nos da lecciones de gratitud hacia nuestro supremo bienhechor? ¿Habrá que enviar a los cristianos a la escuela de las fieras para que aprendan lo que

deben a Dios? Tú, Salvador mío, me arrancaste de las garras del dragón infernal, diste tu vida para librarme de la muerte eterna del infierno y para hacerme vivir de una vida inmortal en el cielo. Que yo sea todo tuyo; que no viva sino para Ti; que te siga por todas partes; que todas las potencias de mi alma estén irremediablemente ligadas a tu divina voluntad; que no tenga yo sentimientos distintos de los tuyos; que no odie jamás nada sino a tu enemigo, que es el pecado; que no ame sino a Ti en todas las cosas y que prefiera morir antes que verme separado de mi amabilísimo Jesús!

Capítulo XII

El divino Corazón de Jesús es un tesoro inmenso que nos pertenece

Luego de considerar al Corazón adorable de nuestro Salvador como hoguera de amor por nosotros, veamos ahora que es tesoro inmenso de riquezas infinitas, que nos pertenece y cómo debemos servirnos de Él.

El divino Corazón de Jesús es un tesoro que encierra las riquezas todas del cielo y

de la tierra, de la naturaleza y de la gracia, de la gloria, de los ángeles y santos, de la santa Virgen, de la divinidad, de la Santa Trinidad, de todas las divinas perfecciones. Porque si San Juan Crisóstomo dice que la sagrada Virgen es *abismo de las inmensas perfecciones de la divinidad*[1], ¿con cuánta mayor razón lo será el Corazón adorable de Jesús?

Además ese Corazón es precioso tesoro que contiene todos los méritos de la vida del Salvador, los frutos de sus divinos misterios, todas las gracias que nos adquirió con sus trabajos y sufrimientos, todas las virtudes que practicó en grado infinitamente elevado, todos los dones del Espíritu Santo de los que fue colmado: *Descansará sobre Él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, etc.*[2]. En una palabra, cuanto hay de grande, rico y admirable en el ser creado e increado, en el Creador y en las criaturas está encerrado en ese tesoro incomparable.

Ahora bien, ¿para quién será tan mara-

1. In Hor. ani.
2. Is. 11,2.

villoso tesoro? Para nosotros todos y para cada uno de nosotros, pues de nosotros depende entrar en posesión de él. ¿Por qué títulos ese tesoro nos pertenece? Por el título y derecho de donación. ¿Quién nos lo ha dado? El Padre de Jesús nos lo ha concedido al entregarnos a su Hijo. Y nos lo da continuamente porque *los dones de Dios son irrevocables*[1]. El Hijo de Dios nos lo ha conferido también infinitas veces al darse a nosotros y nos lo da continuamente en la Eucaristía. El Espíritu Santo nos lo entrega también incesantemente. La Santa Virgen nos lo da continuamente porque ella no tiene sino un Corazón y Voluntad con su Hijo, quiere lo que Él quiere, y junto con Él nos otorga cuanto Él nos da.

Está comprobado que el Corazón amable de Jesús nos pertenece por completo y es nuestro Corazón. Podemos repetir con San Bernardo: *Diré audazmente que el Corazón de Jesús es mi corazón, pues si Jesús es mi cabeza, ¿cómo no ha de ser mío lo que es de mi cabeza? Así como los ojos de mi cabeza corporal son verdaderamente*

1. Rom. 11,29.

mis ojos, así el corazón de mi cabeza espiritual es de verdad mi Corazón. ¡Qué felicidad la mía pues es absolutamente cierto que no tengo sino un corazón con Jesús[1].

¿Pero de qué serviría a un hombre poseer un rico tesoro si se dejara morir de hambre, de sed y de frío frente a su tesoro? ¿Y si, por no pagar sus deudas, se dejara arrastrar a la prisión para pudrirse en ella? Así también ¿de qué nos serviría este gran tesoro si no hacemos uso de él? Porque Dios nos lo dio para que cumpliéramos nuestras obligaciones y pagáramos nuestras deudas.

Tales deudas son infinitas: somos deudores de Dios y de los hombres, del Creador y de las criaturas. Debemos al Creador cinco grandes cosas: 1. adoración, honor, gloria y alabanza; 2. amor; 3. acción de gracias por los beneficios que sin cesar recibimos; 4. satisfacción por nuestros pecados; 5. Donación de nosotros mismos pues le pertenecemos por infinitas razones. Añade a ellos la oración que se funda primero en nuestra pobreza e indigencia pues nada somos ni tenemos por nosotros mismos y lue-

1. D. Bern. Tract. de Pass. Domini, cap. 3.

go en que Dios es el supremo bien y la fuente de todo bien, y su bondad infinita le infunde deseos infinitos de colmarnos de sus bienes; pero Él quiere, y es justo, que se los pidamos con nuestras oraciones.

Pues bien, para pagar esas deudas debes hacer lo siguiente: Es necesario ante todo que estés en gracia de Dios. Luego de celebrar la misa, si eres sacerdote, o de participar en ella, y principalmente después de haber comulgado, acuérdate de que tienes en tu pecho al divino Corazón de Jesús, y con Él las tres Personas divinas.

Dirígete en primer lugar al Padre diciéndole con todo respeto y humildad, con éstas o parecidas palabras:

«Padre santo, te debo honor, gloria, amor, alabanzas, adoraciones, acciones de gracias y satisfacciones infinitas; y me debo yo mismo a Ti por infinitas razones. Por mí mismo nada soy ni tengo para pagar esas deudas. Pero ahí tienes el divino Corazón de tu Hijo amadísimo, que Tú me diste. Te ofrezco para cumplir las obligaciones que tengo de adorarte, honrarte, alabarte, glorificarte, amarte, darte gracias, satisfacer por mis pecados, darme a ti y rogarte por ese mismo Corazón que me concedas las

gracias que necesito. Es ése mi tesoro, el que Tú me has dado en el exceso de tus bondades; recíbelo, te lo ruego, Padre de las misericordias, y dígnate pagarte con tus propias manos, tomando de ese sagrado tesoro para satisfacer plenamente todas mis deudas».

Dirígete luego al Hijo de Dios, ofreciéndole ese mismo tesoro, o sea, su propio Corazón, como también el de su Santa Madre que en cierta manera es un solo Corazón con el suyo y que le es más agradable que todos los corazones del Paraíso.

Harás lo mismo con respecto al Espíritu Santo.

Te acordarás luego de las obligaciones que tienes con la Madre de Dios que te ha dado un Salvador con los bienes infinitos que se derivan de ese don maravilloso; ofrécele el amable Corazón de su Hijo amadísimo en acción de gracias por los favores que has recibido de esa divina Madre. Ofrécele también el mismo Corazón en reparación y suplemento de tus negligencias, ingratitudes e infidelidades con ella. Así lo indicó ella misma a santa Matilde cuando se dolía de las negligencias cometidas en su servicio; le pidió ella que le ofreciera este

santísimo Corazón de su Hijo, asegurándole que esto le sería mucho más agradable que todas las devociones y ejercicios de piedad.

Y considerando además que eres deudor a los ángeles y a los santos por haber intercedido tantas veces por ti, ofréceles a todos en general y a cada uno en particular tu inmenso tesoro, en acción de gracias, como suplemento de tus deficiencias con ellos y para aumento de su gloria y su alegría.

Piensa también qu estás en deuda con tu prójimo. Debes amor a todos, aún a tus enemigos, asistencia a los pobres según tus posibilidades, respeto y obediencia a tus superiores, etc. Para satisfacer a todas estas obligaciones, ofrece a nuestro Salvador su divino Corazón en reparación de las fallas en ello cometidas; ruégale que las repare por ti y que te dé las gracias que necesitas para cumplirlas perfectamente en lo venidero.

Encuentro en los libros de Santa Matilde que cuando una persona le pidió que rogara por ella a Nuestro Señor para que le diera un corazón humilde, puro y caritativo, ésta fue la respuesta que Él dio a la santa:

busque en mi Corazón todo cuanto desea y necesita y pídalo como un niño pequeño; pida confiadamente a su Padre lo que desea. Si desea la pureza de Corazón que acuda a la inocencia; si desea la humildad que la reciba de mi humildísimo Corazón; que de Él tome también mi amor con toda mi santa vida apropiándose con confianza de todo lo bueno y santo que hay en ese Corazón puesto que lo he dado plenamente a mis hijos.

Es ése el tesoro inmenso e inagotable que nuestro buen Jesús nos ha dado, del que podemos tomar confiadamente cuanto necesitamos, mientras tenemos ese rico tesoro. Porque si lo perdemos por el pecado ¡qué horrenda pérdida! Si la conociéramos debidamente, aún cuando viviéramos hasta el día del juicio y no cesáramos de llorar hasta formar un mar de lágrimas de sangre nada sería para deplorar debidamente semejante desgracia. Y aunque los ángeles y los santos bajaran del cielo a consolarnos, jamás podrían secar nuestras lágrimas. *¡Ay, cuánto ha perdido el que perdió a su Dios*, exclama San Agustín. Y nosotros podemos decir: *¡Cuánto ha perdido el que perdió el Corazón de Jesús!* ¿Quién podría compren-

der la inmensidad de esa pérdida? ¿Quién podría expresarla? ¿Quién podría deplorarla dignamente?

Y sin embargo después de haber perdido tantas veces ese infinito tesoro, tú, insensato, actúas como si nada hubieras disipado, cuando deberías mostrar tu dolor y llorar con lágrimas de sangre. ¡Qué horror deberías concebir de tus pecados, causantes de semejante desastre! ¡Cuánto temor de recaer en él! ¡Qué urgencia de buscar todos los medios para preservarte! Deberías estar dispuesto a perderlo todo en lugar del Corazón amabilísimo de nuestro Redentor. Porque una vez perdido Él, todo está acabado. ¡Perdámoslo ante todo: bienes de la tierra, amigos, salud, todas las vidas imaginables, millones de mundos! Concédenos esa gracia Salvador mío. Madre de Jesús, alcánzanosla de tu amadísimo Hijo.

Capítulo XIII

Jesús nos ama como lo ama su Padre. Qué debemos hacer para amarlo

Acabamos de ver el gran número de

efectos admirables del amor que abrasa el Corazón sagrado de nuestro Salvador por nosotros. Pero hay uno que los supera a todos: está expresado en las maravillosas palabras salidas de su divino Corazón y pronunciadas por su boca adorable: *Como el Padre me ha amado así os he amado Yo*[1].

Detengámonos un poco a pensar bien esas palabras: YO OS AMO. ¡Qué palabra tan dulce, encantadora y consoladora del soberano monarca del universo! YO OS AMO dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o rey de la tierra se tomara la pena de transportarse a la casa del último de sus súbditos para decirle: vengo expresamente para asegurarte que te amo y que te haré sentir los efectos de mi amor, ¡qué alegría para aquel hombre! Pero si un ángel o un santo o la Reina de los santos apareciera en medio de una iglesia repleta de fieles para decir públicamente, en voz alta, a algunos de ellos: «te amo, mi corazón es tuyo», ¡qué transportes, qué entusiasmos los de ese hombre; ¿no moriría acaso de alegría? Sin embargo aquí hay algo infinitamente más importante. El Rey de reyes, el Santo de

1. Juan 15,9.

los santos, el Hijo único de Dios, el Hijo único de María que bajó expresamente del cielo para decirte YO OS HE AMADO. Yo el Creador de todas las cosas, que gobierno el universo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, que hago lo que quiero, a cuya voluntad nadie puede resistir, YO OS AMO. ¡Qué palabra tan gloriosa para nosotros, Salvador mío! No era ya favor insigne que nos dijeras: pienso a veces en vosotros; pongo mis ojos en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros. Pero eso no le bastó; Tú quieres asegurarnos que nos amas. Y que tu Corazón rebosa de ternura por nosotros. Por nosotros que nada somos; por nosotros, gusanos de tierra; por nosotros, miserables pecadores que tanto te hemos ofendido, por nosotros que tantas veces hemos merecido el infierno: YO OS HE AMADO.

¿Pero en qué forma nos ama ese adorable Salvador? Escucha: COMO MI PADRE ME AMÓ. Os amo con el mismo amor con que me ama mi Padre. ¿Con qué amor ama a su Hijo ese divino Padre? Es un amor que tiene cuatro grandes cualidades, que se encuentran por lo mismo en el amor del Corazón de Jesús para con nosotros.

1. El amor del Padre por su Hijo es infinito, sin límites ni medida; es amor incomprensible e inexplicable; amor tan grande como la esencia misma del Padre eterno; mide, si puedes, la extensión y grandeza de la esencia divina y medirás la grandeza del amor de ese Padre adorable por su Hijo. Al mismo tiempo habrás medido la extensión del amor del Hijo de Dios para con nosotros pues dice amarnos con el mismo amor con que es amado por su Padre Dios.

2. El amor del Padre por su Hijo es amor eterno que llena todos los espacios de la eternidad. El Padre ama a su Hijo desde toda la eternidad y nunca ha estado sin amarlo. Lo ama sin interrupción y lo amará eternamente. ¡Salvador mío, qué gozo siento al verte amado como lo mereces! Los judíos ingratos, los demonios y los condenados te odian, pero no por eso eres menos amable y tu Padre te ama más en cada instante que lo que podrían odiarte esos pérfidos en mil eternidades.

Y como el Padre ama a su Hijo con amor eterno, el Hijo de Dios nos ama también de manera que toda la eternidad está llena de su amor por nosotros. ¿No es acaso verdad que si hubiéramos existido desde toda la eterni-

dad hubiéramos debido amar al Salvador desde toda la eternidad? ¿Y si viviéramos por una eternidad sobre la tierra no deberíamos emplearla en amar al que nos ama con amor eterno? Sin embargo a pesar de los breves días de nuestra existencia en el mundo, los empleamos en amar las basuras y bagatelas de la tierra con ingratitud condenable.

3. El amor del Padre por su Hijo es amor inmenso, que llena los cielos y la tierra y hasta el infierno. En el cielo lo ama mediante los corazones de los ángeles y de los santos. En la tierra, mediante los corazones que le pertenecen. En el infierno porque lo ama dondequiera que está y las tres divinas personas están presentes y actúan en el infierno tanto como en el cielo.

De la misma manera el amor de nuestro Salvador llena el cielo, la tierra y el infierno. En el cielo incita a todos sus moradores a amarnos como a sí mismos. Los hace partícipes del amor que Él nos tiene y nos ama por ellos. En la tierra nos ama porque está presente en ella, la creó y la conserva y gobierna las cosas del universo por amor a nosotros. Lo que hace decir a San Agustín: *El cielo y la tierra y cuanto hay en ellos no cesan de decirme que ame a mi Dios*. Fi-

nalmente porque prohíbe a los habitantes de la tierra, bajo pena de condenación perjudicarnos en nuestros bienes, en nuestra reputación, en nuestras personas ni en nada que nos pertenezca y les ordena que nos amen como a sí mismos.

Ese amor inmenso de nuestro Redentor llena no solamente el cielo y la tierra sino también el infierno. Porque encendió los fuegos eternos para que nuestros corazones ardieran en el fuego de su divino amor, es decir, que al considerar que por nuestros pecados hemos merecido las llamas eternas y que nuestro Salvador nos libró sufriendo por nosotros los tormentos de la cruz, nos obliguemos a amarlo. ¡Oh Dios mío, Tú nos amas por doquiera y nosotros, ingratos, en todas partes te ofendemos! ¡No lo permitas más! Haz en cambio que te amemos y bendigamos por doquiera: *En todo lugar de su imperio bendice, alma mía, al Señor*[1].

4. Podría también hacerte ver que el amor del Padre eterno por su Hijo es amor esencial; lo ama en efecto con todo lo que Él es, y es todo corazón y amor por Él. Tam-

1. Sal. 102 (103),27.

bién el amor del Hijo de Dios por nosotros es amor esencial; todo lo que Él es, en su divinidad, en su humanidad, en su alma, en su cuerpo, en su sangre, en sus pensamientos, palabras, acciones, privaciones, humillaciones, sufrimientos, todo lo que es y tiene y puede lo emplea en amarnos.

Pero hay un efecto de su amor que sobrepasa a todos los demás. El doctor en teología Luis Bail refiere que en cuatro lugares de los libros de Santa Brígida, aprobados por tres Papas y dos concilios generales, el divino Salvador y su santa Madre revelaron a esa santa que cuando Él estaba en la cruz sufrió por amor a nosotros dolores tan vivos, tan penetrantes, violentos y terribles que su adorable Corazón se rompió, ¡estalló! *«Mi corazón estaba saturado de dolor y al abrir los ojos vi a mi queridísima madre abismada en un mar de angustias y de lágrimas, lo que me afligía más que mis propios sufrimientos; vi también a mis amigos aplastados por la pesadumbre. En este suplicio, mi corazón estalló por la violencia del dolor y fue entonces cuando mi alma se separó de mi cuerpo»*[1].

1. Revel. extr. cap. 51.